

Los tejados tenían un brochazo de sol y a los helechos que crecen sobre ellos los mecía la brisa: parecían manos pequeñas que se agitaran con alegría.

Qué bello ha sido todo éso! Yo estaba feliz.

Tan contentos como las golondrinas han estado los niños de mi calle. Sus gritos se confundían con los gorjeos de las aves.

Un piano de la vecindad tocó un aire dulce y viejo.

Entonces un sentimiento infinito de ternura por mi calle ha invadido mi espíritu. Mi calle! Cuánto la quiero! En ella nací, a su sombra he crecido y en ella han vivido mis más grandes afectos.

He vuelto a ver, — bañada por la claridad hialina de esta tarde, — mi calle como estaba hace muchos años, cuando yo era una chiquilla, con sus filas de casas viejas que tenían aspecto de abuelas venerables y cariñosas y en las que vivían gentes que me amaban.

Las que ahora me quedan al frente son unas casas nada bonitas, pero con pretensiones. En aquella época eran unos caserones sencillamente feos que tenían pequeñas ventanas de vidrios sucios y empolvados. Las paredes estaban encaladas y llenas de rajaduras negras. Recuerdo que cuando estaba enferma y no me permitían salir, pegaba mi cara a los cristales de las ventanas de mi casa y me entretenía formando figuras fantásticas con las aberturas y grietas que lucían aquellos muros.

Yo me he dicho: Como sus dueños, esos viejos caserones cayeron y lo mismo que ellos dejaron lugar para otra generación de hombres, ellas han dado campo a otra generación de casas...

En uno de ellos vivía un par de ancianas que no olvidaré nunca. Las veo ahora a través de todo el tiempo que ha pasado, como si estuvieran ante mí: la una con su figurita suave, sonriente, de rostro pálido, agradable, hablándome con su vocesilla chillona y cariñosa. La otra era una mujerona alta, seca y que tenía un vozarrón de militar. Yo le tenía horror. Me parecía un hombre disfrazado de mujer.

En mi casa me habían enseñado a llamarlas «las niñas».

Vuelvo a mirar la gran sala sombría en la que resonaban los pasos, con sus inmensos armarios llenos de molduras y adosados a las paredes, sus muebles de resortes forrados en tela negra, viejos y derrengados y en las paredes los grandes retratos de señores de rostros alargados, graves, embutidos en enormes cuellos, destacándose sobre el fondo oscuro del lienzo. Y deslizándose a través de esta gran sala veo las figuras silenciosas y enlutadas de las dos ancianas.

Nita, la viejecilla dulce, era amiga mía. Me gustaba ir a buscarla para que me enseñara los tesoros que contenían los armarios: cálices, copones, misales, vestiduras sacerdotales que ambas tocábamos con manos devotas. Ella me decía que todo aquello había pertenecido a un hermano suyo, sacerdote, muerto hacía muchos años.

He tenido la ilusión de volver a sentirme hundida en uno de los grandes sillones de resortes, hojeando un librote cuajado de viñetas maravillosas y que Nita había sacado para mí de uno de los armarios, mientras me narraba con su vocecita temblorosa cual agua que gluglutea, el martirio de algún santo que leyera en «El año cristiano»; o bien curioseando en un pequeño cofre de madera olorosa en el cual dormían muchos recuerdos de Nita. Y en el cofre descansaban aquellos recuerdos, rodeados de un ambiente de paz semejante al que reina en esos rincónitos de las iglesias de aldea, en donde una lamparilla florece tímidamente como una violeta... Ah! Que el corazón de Nita era la lamparilla que velaba las memorias que ella había podido arrebatarse al tiempo que huía con su vida hacia la eternidad. En el cofre de madera olorosa, ella guardaba devocionarios con tapas de cuero y broches dorados llenos de estampas casi todas de vírgenes arrodilladas ante una aparición luminosa que se destacaba sobre un fondo azul; flores secas que se desmenuzaban, al más leve contacto, cuyo